

El trabajo femenino informal en el proceso de globalización de la economía mexicana

MARÍA LUISA GONZÁLEZ MARÍN

En los últimos quince años, grandes cambios han ocurrido en la sociedad mexicana y, especialmente, en el mundo del trabajo. La primera transformación fue el abandono de la ideología de la Revolución mexicana, el "nacionalismo revolucionario", que había dado sustento por más de setenta años a la alianza entre el Estado y el movimiento obrero. La nueva política, el neoliberalismo, veía en los sindicatos más un enemigo que un aliado y, por su parte, tales organismos eran incapaces de satisfacer las demandas de los trabajadores.

Los sindicatos, en particular los de empresas paraestatales, sufrieron serios embates al culpárseles de corrupción y escasa productividad. La falta de utilidades de esas corporaciones se achacaba a las excesivas prestaciones de los trabajadores. Los malos manejos y la corrupción de los funcionarios pasó a segundo término. Este proceso iba acompañado de campañas publicitarias que justificaban los despidos porque había que sanear la empresa, por exceso de personal o porque los sindicatos atentaban contra la productividad y la empresa. Ahora es claro que todas estas campañas eran parte de una política que pretendía debilitar la resistencia obrera ante la inminente desregulación del mercado de trabajo y los cambios en las formas de organización en las fábricas.

La derrota de la clase obrera en todo el mundo y la caída del socialismo real desalentaron las luchas emancipadoras y la oposición a las nuevas ideas pareció imposible. Los sindicatos que resistieron fueron reprimidos o sólo lograron defender algunas conquistas. En general, las nuevas políticas instrumentadas por el neoliberalismo no tuvieron un gran rechazo obrero en México.

El segundo cambio fue la apertura de la economía mexicana hacia el mercado mundial. La salida de la crisis, según el gobierno, consistía en orientar la industria y agricultura a la exportación, para lo cual era preciso volver competitivas a las empresas mexicanas —las que no pudieran hacerlo, inevitablemente tenían que sucumbir—. Miles de trabajadores perdieron sus empleos y cientos de empresas cerraron sus puertas. El desempleo se convirtió en el peligro número uno y en el gran fantasma que hizo posibles las transformaciones en las relaciones obrero-patronales sin resistencia del movimiento de los trabajadores. Entre éstos, los que se hallaban activos perdieron algunas prestaciones y fueron forzados a aceptar condiciones de trabajo fuera de la ley y salarios de hambre. Los sindicatos disminuyeron su fuerza política y negociadora.

La tercera novedad se manifestó en el crecimiento del sector de servicios y la disminución de la producción industrial y agrícola. Se calcula que de 1982 a 1995 la mitad de la planta industrial fue desmantelada. La agricultura es un desastre y no parece haber una solución viable a corto plazo.¹

La cuarta transformación corresponde al proceso de integración de México a la economía de los Estados Unidos a través de mecanismos financieros, monetarios, comerciales y productivos entre los que sobresalen la entrada masiva de capital especulativo, la creciente deuda externa, las facilidades brindadas a la inversión extranjera y la

¹ En 1997 la agricultura sólo avanzó 1.4%, mientras que la economía lo hizo en 7%, "es decir 5 veces menos que el crecimiento conjunto de la economía". *La Jornada del Campo*, 25 de febrero de 1998, p. 2.

incorporación de México a la fábrica global. Esto último significa ofrecer mano de obra barata para atraer capital extranjero.

En estas condiciones, el mundo del trabajo se encuentra dividido en tres áreas que tienden a convertirse en dos. La primera está conformada por los trabajadores que permanecen en el sector formal (SF) y se encuentran dentro de las normas establecidas por la Ley Federal del Trabajo: aproximadamente 50% de la población ocupada. La segunda está compuesta por trabajadores del sector informal (SI): los que reciben un salario mínimo o menos, no tienen prestaciones sociales y trabajan por su cuenta o no son asalariados, los que laboran en microempresas o son dueños de ellas, los que trabajan a domicilio y los que no reciben ingreso. Digamos que son los desheredados de la catástrofe económica que viven México y el mundo.

La tercera área corresponde a lo que algunos autores llaman el "empleo precario": trabajadores que no están en la informalidad pero que carecen de prestaciones, estabilidad laboral y contratos. Pueden ser incluso personas con altos ingresos y elevada calificación.

Sector informal

En la actualidad el concepto de informalidad es diferente del que prevalecía en los años sesentas y que era conocido con el nombre de "marginalidad". Por ello tiene que verse no sólo como producto del atraso ni exclusivamente como estrategia de sobrevivencia de los más pobres, sino como fruto de la recomposición del capital, que requiere mano de obra barata y en completa indefensión para competir en el mercado mundial. Anuncia además las formas que adquirirán en un futuro, ya no lejano, las relaciones de trabajo. ¿Qué otra cosa representan los salarios flexibles, la jornada discontinua, la tendencia a reducir la seguridad social, la desaparición de los sindicatos, el desempleo y el aumento de los trabajadores no asalariados? Como dice Viviane Forrester, "en toda Europa se extiende a toda velocidad la llamada flexibilidad del empleo. ¿Qué significa esto? Es muy simple destruir todas las protecciones laborales, reducir las subvenciones para desempleados..."² En América Latina hay países que ya han

² Entrevista a Viviane Forrester, en *Proceso*, 5 de enero de 1997, México, p. 44.



Felipe Posadas

desregulado su mercado de trabajo como Chile y, en menor medida, han avanzado al respecto Argentina, Brasil y México, los cuales tendrán que hacerlo más aceleradamente si quieren competir con las naciones del sudeste asiático. Por ejemplo, en nuestro país se anunció recientemente que los trabajadores electricistas abandonan el Seguro Social y tendrán una seguridad privada, con lo cual se reducirán los ingresos de dicha institución y los obreros con menores salarios recibirán un servicio médico de peor calidad; así, tiende a desaparecer la seguridad social vista como solidaridad.

Mujer e informalidad

La incorporación masiva de la mano de obra femenina es uno de los efectos de las transformaciones registradas en el mundo laboral. Se dice que las mujeres ingresan al trabajo para complementar el ingreso familiar ante la baja del salario o por la desocupación masculina. También, que el crecimiento de las actividades de servicios favorece el empleo de mujeres porque más de 75% de sus trabajadores son de género femenino. Un dato más señala que el aumento del nivel de escolaridad de las mujeres las empuja al trabajo remunerado. Hay quienes opinan que las nuevas formas de organización del trabajo se adecuan de mejor manera a sus condiciones de género, debido a que les permiten atender ciertos quehaceres domésticos. Además, se afirma que las mujeres asumen con mayor rapidez el trabajo en equipo sin jerarquías. Quizá todas estas explicaciones tengan algo de verdad. Sin embargo, la realidad nos muestra que su incorporación no ha mejorado el nivel de ingreso familiar.

¿Por qué a pesar del crecimiento del empleo femenino, los ingresos de las familias no han mejorado? Debido a la incorporación masiva de las mujeres al sector informal, se aprovechan tres peculiaridades de la mano de obra femenina: la primera tiene que ver con la consideración del salario como un complemento del ingreso familiar, la segunda con el hecho de que las ocupaciones que desempeña la mujer son tradicionalmente mal pagadas y la tercera con el ajuste entre su trabajo fuera de casa y sus responsabilidades.

La mayoría de las mujeres se incorporan al trabajo como vendedoras, dependientes, vendedoras ambulantes, microempresarias, trabajadoras por su cuenta y trabajadoras a domicilio —ocupaciones mal pagadas la mayoría de las veces y sujetas a los vaivenes del ciclo económico por carecer de prestaciones sociales— y como esposas o hijas que atienden los micronegocios familiares.

La información sobre la fuerza de trabajo femenina empleada en el sector informal sólo da una idea aproximada de la magnitud que ha adquirido en México su miseria. Por ejemplo, del total de mujeres ocupadas en 1996, 43.2% ganaba menos de un salario mínimo o no recibía ingreso; 60.15% no tenía prestaciones; cerca de 27% no tiene instrucción o no terminó su primaria, y 58.37% trabajaba más de 35 horas a la semana.

¿Cuáles son las características de las mujeres ocupadas en el sector informal? En primer lugar, sobresale su crecimiento: las que ganan menos de un salario mínimo o que no reciben pago aumentaron en 42% de 1991 a 1996; lo mismo sucede con las trabajadoras por su cuenta, cuyo número aumentó 38%; entre estas últimas, 29% son vendedoras, 21.14% obreras y 16% vendedoras ambulantes.

En segundo término, destaca el tipo de ocupaciones que realizan: un alto porcentaje de mujeres se encuentra laborando como vendedoras, empleadas y trabajadoras domésticas.

En tercer lugar, es evidente el crecimiento del número de mujeres que trabajan sin local, que puede ser de casa en casa, en su domicilio o con un puesto semifijo en la calle. En 1991, 25.7% del total de la población femenina ocupada lo hacía sin local y en 1996, 39%. En este último año, la información se captó con más detalle y se tiene por seguro que 25.7% de las laborantes trabajan en sus domicilios como trabajadoras por su cuenta (47.1% del total), en actividades como otros servicios,³ comercio y, en menor proporción, la industria.

En cuarto sitio, se aprecia la polarización del tamaño de las empresas: 58.5% de las mujeres están trabajando en microempresas y 29.7% en grandes instalaciones. Las primeras se dedican al comercio minorista o son afanadoras, meseras, etcétera, en hoteles y restaurantes. De ellas, 46.7% trabaja sin recibir pago y 56% no tiene local. Las segundas están ocupadas en los servicios médicos (como enfermeras), en la educación (maestras de educación básica), en la administración pública (oficinistas), la industria (obreras) y el comercio (vendedoras), casi todas como asalariadas.

El sector informal es también el refugio de los despedidos y desempleados, los cuales no pueden permanecer sin ingresos y se ocupan en cualquier actividad. El desempleo, que había crecido en todos los años del neoliberalismo, dio un salto a partir de la crisis de 1994, al aumentar en 104.8% de 1993 a 1995. La tasa de desocupación general fue de 4.7%

³ Incluye servicios de limpieza, aseo, servicios personales, etcétera.



Felipe Posadas

en el segundo trimestre de 1995, de 4.6% entre los hombres y de 5.1% entre las mujeres.⁴

En cierto sentido, el sector informal es una válvula de escape que permite a las sociedades funcionar sin estallidos sociales; en América Latina alcanza dimensiones que van de 30 a 60% de la población económicamente activa. Se estima que de los 15.7 millones de empleos creados en América Latina y el Caribe en los últimos cinco años, 13.6 millones corresponden a este sector. Ello significaría que, en 1995, 57% del total de ocupados en la región lo estaban en la informalidad (*Informe OIT*, 1995). En el caso de la mano de obra femenina, dos de cada cinco mujeres con trabajo en las zonas urbanas actuaban por cuenta propia, como familiares no remunerados de baja calificación o como empleadas domésticas.

¿Por qué se dice que el sector informal es parte del proceso de globalización? Debido a que la competencia entre las potencias capitalistas ha llevado a una revolución tecnológica que fomenta el desempleo. Las tecnologías de punta, si bien se crean en los Estados Unidos, rápidamente se extienden y perfeccionan en los países desarrollados. No basta con tener las ventajas tecnológicas: se necesita además mano de obra barata; por ello, las grandes compañías

realizan una parte de su proceso productivo en plantas de naciones subdesarrolladas, sobre todo asiáticas y latinoamericanas. Las condiciones para ello son bajos salarios, pocas prestaciones, contrataciones eventuales, jornadas flexibles, sindicatos débiles y, en suma, se trata de que los trabajadores y trabajadoras pasen de la economía formal a la informal.

Por eso se dice que la informalidad desempeña un papel fundamental en la recomposición del capital en esta etapa del capitalismo, que en América Latina ha transformado en varios países, incluido México, los aparatos productivos, que reclaman mano de obra dispuesta a ocuparse en las peores condiciones de explotación; de ahí que resurjan viejas formas de explotación, entre ellas el trabajo de las mujeres y de los niños, que por sus condiciones de indefensión son los más vulnerables.

La globalización implica, para los trabajadores y trabajadoras, el sometimiento a la libre oferta y demanda de su fuerza de trabajo, debido a la cual algunos privilegiados obtendrán empleo seguro y con altos salarios, mientras que el resto de los trabajadores sólo recibirá bajos salarios, carecerá de estabilidad laboral y dispondrá de pocas prestaciones, e incluso llegará a prevalecer un enorme grupo de trabajadores exterior

a la comunidad fabril, extremadamente móvil, en ciertos aspectos nómada; sin garantías ocupacionales, personas sin pertenencia, multitud solitaria de *freelancers* con escasa calificación, dispuestos a ser empleados, con la lógica de la subcontratación, no solamente en ocupaciones marginales —como está sucediendo ahora—, sino en segmentos significativos del ciclo laboral de la gran fábrica, codo con codo con los privilegiados, pero sin los privilegios de éstos.⁵

Creo que esto es lo más parecido a la informalidad que conocemos. Desde mi punto de vista, el llamado “trabajo precario” es el nombre que se da a la informalidad cuando los trabajadores se ocupan en empresas legalmente constituidas y no tienen prestaciones sociales o son *freelancers*.

Desde esta perspectiva, la incorporación creciente de las mujeres al trabajo extradoméstico ocurre en condiciones desventajosas por las características de la etapa actual de la economía mundial y por sus peculiaridades genéricas. Los retos para superar los obstáculos son muy grandes y la búsqueda de alternativas es indispensable. ♦

⁴ De 1995 a 1996 la desocupación abierta de las mujeres bajó 15% y la de los hombres 22%. De los desempleados, 63% son varones y 36% mujeres.

⁵ Marcos Ravelli, “Ocho hipótesis sobre el posfordismo”, en *Vientos del Sur*, núm. 8, invierno de 1996, p. 50.